lio Pimentel tenía allí una querida que cuenta por millares el número de sus adoradores, la célebre y nunca bien ponderada Venus de Milo. Emilio estaba de veras enamorado de ella; pasábase allí las horas en muda contemplación; sabía cuál hora y cual luz la favorecían más; sentía celos por los que la contemplaban entusiastas é indignación por los que la veían sin entusiasmo. Conmigo se enojó formalmente, me llamó blasfemo y prosaico porque no sólo no me entusiasmé con la estátua sino que mis miradas prefirieron á una parisiense monísima que la consideraba con algo de envidia plástica. No pudimos entendernos él y yo; mis teorías le lastimaban sus ideales; no se conformaba con que yo prefiriera á una mujer viva, quería que triunfara la estátua, sin saber que no triunfa precisamente por eso, porque es estátua, porque para mí la suprema obra de arte es la mujer que amo, y en ausencia de ésta, una mujer bella. El mármol me despierta ideas funerarias, el bronce me da frío, la piedra no me gusta; en las estátuas admiro, y me inclino ante el talento del escultor, la estátua en sí me dice ó cosas que no entiendo, demasiado elevadas, ó no me dice nada.

El museo de Cluny nos entretuvo con sus pequeños tesoros, los que uno no advierte si no le

llaman la atención sobre ellos, los que se descubren por los maliciosos guiños de ojos de los guardianes de las salas que los encierran. Hubo uno sobre todo, el cinturón de castidad, que nos hizo pensar en una porción de romances; que confirma la especie de la volubilidad fisiológica y moral del sexo femenino. Figúrense ustedes á un cruzado de la edad media, lleno de armaduras y de cruces, que al partir teme una catástrofe en la dueña de su castillo y de su alma, á pesar de que el castillo es una fortaleza perdida en la selva, de que el puente levadizo se alza temprano y de que los fosos son profundísimos, y se provée de un cinturón, lo coloca donde colocarse debe, en medio de juramentos y caricias, y la llavecita que oprime en la mano, mientras su caballo se encabrita y sus huestes lo siguen, le garantiza que su joven consorte ha de serle fiel quiera ó no quiera. El aparato diríase que sonríe irónico dentro de su cárcel actual de cristales; que, viejo calavera, hállase á punto de narrar historias picantes, secretos de otra edad, anécdotas de llaves falsas y pasiones ciertas; una porción de novelas que formarían grueso y sugestivo volumen, demostrando que para la mujer que ha de delinquir no hay cinturón que valga.

En retorno, el museo Carnavalet, que pudiera llamarse galería de la Revolución, no ofrece más que austeridades y objetos solemnes.

Del Luxemburgo, y no obstante que es la antesala del Louvre, conservo muy vagas impresiones; hícele una visita de cumplimiento y el perjudicado he sido yo. Pudiera, en cambio, hablar extensamente de sus jardines, donde estuve diverso tiempo, mirando poetas en embrión y estudiantes en decadencia por entre las silenciosas alamedas; mirando niños, ayas y ancianos que tomaban el sol en la glorieta principal, la de la fuente grande surcada por escuadras infantiles y diminutas.

Otra visita que entraña saludable ejemplo es la del Panteón, obra de un ingeniero de gran talento calumniado en los primeros días que siguieron á la conclusión del edificio. Declaróse que se venía abajo, lo reforzaron terceras manos y hasta últimamente no se han convencido de que el soberbio templo ni ahora ni nunca amenazó ruínas y que los refuerzos son inútiles. Luego, el recinto ha servido de iglesia y de panteón según el capricho de los gobiernos; y por final, las urnas de personalidades tan conspícuas como Voltaire y J. J. Rousseau, están vacías. La Restauración cometió el crimen de arrojar esas cenizas nadie sabe

dónde. Y aún contra la propia voluntad se impone esta reflexión: en Francia se puede vivir pero no se debe morir; si es célebre, para no correr la suerte de los dos literatos mencionados y si es anónimo, si es uno de tantos, para no correr la de los desvelados de las Catacumbas!

Quedan la Morgue y el Père Lachaise; aquélla fría é impúdica, con el Sena que la baña sin cesar, con desnudeces de anfiteatro y posturas de homicidios en los huéspedes que le miran á uno azorados al través del cristal enorme, cual si atisbaran á su matador ó cual si reprobaran la curiosidad bestial que impulsa á ciertos individuos hasta hacer rodeos con tal de no faltar un solo día al fatídico espectáculo. El Père Lachaise nó, nada tiene de repelente; preséntase con todos los caracteres de un parque y, hay entre sus moradores gente tan notable, que es de rigor el conocerlo; el París vivo se complementa con el París muerto; á cada paso tropieza uno con tumbas que jamás ha visto y que no obstante resultan conocidas, empezando por la de Alfredo de Musset que se halla en la avenida de la entrada, á la izquierda, sombreada por el sauce que pidió á sus amigos, hasta la de Balzac, allá en una glorieta remota, muy cerca de Michelet, sin más adornos

que su busto en bronce, grande, bien hecho, un retrato perfecto que hace temer que el autor de "La Comedia Humana" esté meditando algún volumen suplementario y póstumo á su obra, al mirar la vanidad de las inscripciones, monumentos y atributos de tanto y tanto sepulcro. A cada instante lanza uno exclamaciones de sorpresas gratas; cada alameda posée un amigo, un entusiasmo juvenil; Chopin, la Rachel, Molière, La Fontaine, Allan Kardec, Talma, Rossini, Abelardo y Eloísa, estos últimos bajo de un alto baldaquín gótico, las dos estátuas acostadas lado á lado ya que sus cuerpos no se juntaron nunca.

Casi al cabo del cementerio está una pirámide de granito, un tanto desamorada y fría, como es siempre la caridad oficial. Allí reposan varios de los defensores de París cuando el sitio del 71, bajo una inscripción espartana:

— "La Patria á sus hijos heróicos".

Forman la mayoría soldados de infantería de marina que se enterraron en montón, sin poder identificar á muchos de ellos, en el ánsia de la última hora de cubrir con tierra la horrible catástrofe. Y los deudos van religiosamente á colgar sus coronas de la balaustrada, coronas humildes, de gente pobre; coronas que la lluvia despinta y

el viento despedaza, que significan un sacrificio y entonan un poema dolorosísimo, el de la incertidumbre, por no poder precisarse si el destinatario dormirá aquí ó allí. Hay, pues, una confraternidad solemne; el desdichado que carece de flores disfruta de las de sus compañeros. Las inscripciones son gritos del alma: "A mi padre", "A mi amado", "A mi hijo", "A mi hermano", pero una corona muy especialmente, enternece con su letrero qué sólo dice:

— *¡ Pour tous !...*

París no es una perfección cual nosotros creemos desde el fondo de nuestro terruño; tiene muchos y grandes defectos. En mi sentir, descuellan dos principales: el aburrimiento que de cuando en cuando le invade á uno y la abundancia de hispano-americanos. El primero es más grave que el segundo, porque son pocos los que lo confiesan aunque lo padezcan todos; se ha hecho ya de rigor el declarar que en la bienaventurada ciudad nadie debe aburrirse, so pena de pasar por un salvaje, y de ahí que los bostezos se disimulen y que al fastidio se le llame nostalgia. Sí creo que á los viajeros nos ataca más, por la relativa ociosidad en que lo habitamos; porque no es natural pasársela entretenido en museos y diversiones du-

rante meses y meses, porque la vida no ha sido hecha para eso. París con alguna ocupación imprescindible, ha de ser delicioso; pero París con rentas ó con tiempo de sobra es aburridor; á lo menos á mí me aburrió diversas veces en los 7 meses que respiré sus aires.

Respecto á los hispano-americanos en general, y á los compatriotas en particular, hay que convenir en que parecen hallarse en París sin más propósito que amargarle á uno su permanencia; si son pobres, porque le buscan á usted todo el día en espera de los dos ó tres francos que es fuerza señalarles por vía de pensión; si son ricos, porque como sólo á usted pueden deslumbrar con sus despilfarros, y sólo usted será el heraldo de sus liberalidades y cursilerías allá en la tierra, también lo buscarán sin tregua; si son sabios, por su sabiduría y si ignorantes por su ignorancia. Luego, cada colonia tiene establecida una especie de policía secreta implacable y delatora, y así no es de extrañarse que al visitar alguna familia, el jefe de ella se nos acerque y con paternal tono, en un rincón del cuarto de un hotel, junto á una sombrerera abierta, nos endilgue su discurso:

—Pero Fulano, hombre, modérese usted; ya sé que anoche ó que esta mañana ó que esta tar-

de —según— ha hecho usted y ha tornado esto y lo otro y lo de más allá; que bebió cerveza en tal parte y estornudó en tal esquina y salió matrimoniado de tal baile ¿á dónde va usted á parar?...

Y á uno lo aterra la exactitud de la enumeración, hasta llega á imaginarse que aquel papá ha estado en los mismos sitios (lo que en ocasiones es cierto), cuando llega una carta de casa en la que igualmente nos espetan la lista de las correrías, delatadas por un compatriota bien intencionado. Por eso Pimentel y yo fuímos parcos en amistades; disculpábamos el defecto, dado su origen ¿qué ha de hacer en París un americano ocioso? lo que hace en nuestras existencias provinciana de por acá, censurar al prójimo.

Yo abandoné París sin gran pena, en una mañana de invierno; y cuando le perdí de vista atiné con la causa de ese estoicismo; á menos de no morir en la Argentina, estoy obligado á volver á verlo.